gante y aquella enana! La gente se atropellaba para vernos pasar, pues la condesa me llevaba a todas partes: a las tiendas, al teatro, en una palabra, a todos los lugares en donde no hubiera querido poner mis pies en su compañía... No me dejaba un instante, pues era en extremo celosa. Así, pues, cuando me veía cojer el sombrero y el bastón, me decía: «Saldré contigo; *my love* y, en efecto, salía conmigo... Tuve que adoptar la resolución de no salir más que cuando ella me obligaba.

—¿Pero cómo podía aquella enana, obligar a un gigante como tú, a hacer algo que te desagradara?

—Pues pegándome...

—¡Tiene gracia!

—Te ríes... Te ríes... ¡Rouletabille! ¡Hace tanto tiempo que no te he visto reír!... Tu alegría me complace. Mira, sólo por eso no lamentaré el haberte confiado el secreto de mi vida—dijo el buen La Candeur, con lágrimas en los ojos.

—De manera ¿qué te pegaba?

—¡Digo; me molía las costillas!

—¿Y tú no le devolvías los golpes?

—¡No podía!... Si le hubiera dado una bofetada o un puñetazo, la mato y a mí me hubieran ahorcado.

—¡Y yo no te hubiera conocido!... Has hecho bien en no vapulearla, La Candeur... Pero no debía hacerte mucho daño, siendo tan pequeña como era.

—En eso te equivocas, me pellizcaba hasta hacerme gritar de dolor y me tiraba de los pelos hasta arrancármelos.

—¿Te ponías de rodillas?

—No; pero ella se subía a los muebles. Por ejemplo: penetraba yo en una habitación, luego

de cerrar cuidadosamente la puerta y convencido de que mi mujer no se hallaba dentro, ¡plaf! recibía una bofetada, o bien, tenía colgado de mis cabellos a un demonio en miniatura. Era que me había esperado subida en una silla, o escondida en una consola. Ya comprenderás que, en aquellas condiciones, la vida hacíase imposible...

—Lo confieso...

—¡Además, me engañaba!

—Pues sí...

—Me engañaba con otro gigante: un tambor mayor de highlanders, con el que derrochaba nuestra fortuna... ¡Qué quieres, a aquella enana no le gustaban más que los buenos mozos!... Es una ley de la natualeza... ¡Cuántas veces he encontrado hombres pequeñitos con mujeres muy altas!

—Si como dices, fuera una ley de la naturaleza, debías de amar a tu esposa, puesto que era pequeñita y tú alto—observo Rouletabille.

—Pues bien, yo debo ser una excepción a la regla, ya que detestaba a aquella mujercilla, por cuya causa, me he hastiado de todas las mujeres, altas o bajas—confesó La Candeur suspirando.—Mira, Rouletabille, la mejor no vale nada... Y alguien conozco yo, que debiera inspirarse en mi triste experiencia...

Rouletabille, comprendiendo la alusión, frunció el entrecejo. Si La Candeur gustaba de hacer sus confidencias, a él no le placía contar su historia a nadie.

—Volvamos a tu historia—dijo con bastante brusquedad.—Ya que te engañaba y querías deshacerte de ella, no tenías más que sorprenderla con su highlander.

—Hice lo imposible para ello—dijo La Candeur

—pero te equivocas si crees que era una cosa muy fácil...

—¡Sin embargo, si ese highlander era tan alto como tú, no era tan difícil de vigilar!

—Cierto, no escapaba a las miradas, y a él siempre se le encontraba... ¡Pero a ella jamás se la lograba sorprender!... ¡Oh! ¡Había para enloquecer de rabia!

—¡Pobre amigo mío!

—Sí, por una casualidad, lograba yo sorprender algún retazo de conversación y tenía la seguridad de que había entrevista en puerta, avisaba inmediatamente a un hombre de la curia... Llegabámos con la seguridad de sorprender el nido... Hacía guardar todas las salidas, todas las aberturas, incluso el tejado. En una palabra: toda la casa, desde el sótano hasta la chimenea... Entrábamos... Hallábamos siempre a nuestro highlander, lo más frecuente en paños menores, y que, quejándose del mucho calor, decía que le gustaba estar cómodo; pero ella... ella... Jamás se supo ni donde se metía, ni por donde se había escapado... Se registraba todo; se revolvía todo... Pues bien, de la condesa ni rastro... Se había escapado por entre nuestras piernas como un ratón o por encima de la cabeza, como un pájaro... Y cuando yo regresaba a casa, la encontraba tranquilamente instalada ante su *tea and toasts* y me decía: *¿How do you do, my love?* (¿cómo estás amor mío?) ¡Oh! ¡Oh!...

—Sí—aprobó Rouletabille—¡Oh! ¡Oh!... ¿Y cuánto tiempo duró la aventurilla?

—¡Dos años, Rouletabille, dos años! ¡Cuando lo pienso se me ponen los pelos de punta!

—¿Y cómo terminó?

—De la siguiente manera: renuncié a sorprender a mi mujer con el highlander, renuncié a todo, y pasaba el tiempo en mi despacho releyendo «Los

Tres Mosqueteros», mi supremo consuelo, aunque estaba en inglés. En ellos vi que Athos, que al igual que yo tuvo una terrible aventura de amor, se había consolado entregándose a la bebida... Teníamos nosotros una bodega bien abastecida y bebí desenfrenadamente... ¡Hice como Athos! Estaba borracho las tres cuartas partes del tiempo, y, precisamente, fué aquello lo que me salvó...

—¿Cómo así?

—Sencillamente; una noche, estaba yo tan borracho, que sin darme cuenta, me senté sobre la condesa!

—¡Pobre criatura!...

—¡Verdaderamente!—exclamó La Candeur con acento contrito.—Haces bien en compadecerla, Rouletabille, pues cuando me desperté no quedaba de ella gran cosa. Hice lo imposible por volverla a la vida; pero mis esfuerzos fueron vanos y me apresuré a repasar el canal de la Mancha para escapar a las justas, pero inexorables leyes. ¡Al pisar el muelle de Boulogne, juré que jamás atravesaría el estrecho, aunque cien años viviera, e hiciera más calor que en los trópicos! Por otra parte, no me detuve en aquellas costas, que se hallaban demasiado próximas al hogar conyugal. Atravesé Francia, yendo a encerrarme en un perdido rincón de los Alpes, regresando, por fin, a París, por no tener un céntimo y empujado por el hambre y la afición, que no me abandonaba, de dedicarme a la literatura.

—¿Y no has tenido ninguna molestia, como consecuencia de ese desagradable asunto, mi buen La Candeur?

—A fé mía, no. Mi mujer no me ha vuelto a molestar después de su muerte. Allá han debido buscarme durante algún tiempo. He debido ser condenado a algo, no se a que, ni quiero saberlo.

He cambiado de nombre. ¡El marido de la condesa ha muerto!...

—En realidad ¿cuál es tu nombre?—preguntó con curiosidad Rouletabille.

—Escucha, Rouletabille ¿tienes mucho interés en saber el nombre de un pobre diablo que quizá haya sido condenado a muerte?

—No—contestó pensativo Rouletabille—y te pido perdón por haberte hecho revivir una historia tan terrible...

—Ten la seguridad que eres el único a quien se la he contado...

Y La Candeur, después de lanzar un enorme suspiro, añadió:

—Ahora ya sabes lo que son las mujeres... ¡Desconfía!...

Pero Rouletabille se hizo el desentendido, y dirigiéndose a La Candeur le dijo:

—Debes estar muy cansado, monta un rato en mi cabalgadura y mientras, estiraré un poco las piernas.

—El ofrecimiento no es de rehusar—repuso La Candeur.

Y pasando sencillamente una de sus largas piernas sobre la montura, ocupó sin esfuerzo el sitio de Rouletabille. El animal, al sentir aquel enorme peso sobre sus lomos, doblegó sus remos.

—¡Y eso que es un caballo!—dijo con una sonrisa que jamás le había visto Rouletabille, ¡tan extraña era!—Juzga, pues, amigo mío; si se tratase de una condesa... ¡Mira, Rouletabille, yo a las mujeres las *apabullo!*...

Rouletabille aligeró el paso; pero La Candeur le alcanzó espoleando al animal, para el que Rouletabille pidió gracia.

—No vayas tan ligero y déjame que te diga algunas cosas en bien tuyo... Ya sé que te desagradan los consejos y que, aún cuando te los dé de todo corazón, es seguro que incurriré en tu cólera. Pero, a pesar de todo, es mi amistad por ti quien habla; Rouletabille, esa mujer será tu desgracia...

Y diciendo señalaba a Ivana, que cabalgaba algunos pasos delante de ellos. Rouletabille se estremeció y quiso acelerar su marcha.

—¡Escúchame!—continuó La Candeur—permite que te diga que no te ama... Que no te ha amado nunca y que jamás te amará... Cuando se hace por una mujer lo que tu has hecho por esa, no se recompensa con semejante gesto... ¡Ah, hijo mio!... Yo no soy un lince; pero tengo ojos en la cara... Ahí tienes a una joven que ha sido raptada por un turco. Te lanzas en su persecución y logras libertarla el día de su boda... Matan al turco... Debiera ella estar contenta, abrazarte, ya que nos salvas y que, gracias a tí, ha podido escapar de las manos del turco y prestar un gran servicio a su país... Esa mujer, agradecida, debiera cubrirte de besos... Y no te mira y aparece más desfallecida que una muerta... ¡A mi entender, lo que ha llorado esa mujer, es la muerte de su turco, y no te perdona el haber estorbado su noche de bodas!...

Rouletabille guardaba un silencio obstinado; pero las palabras de La Candeur caian como plomo derretido sobre su corazón.

—¿Callas? Es que no encuentras argumentos con que contestarme. ¿Le has preguntado siquiera, la causa de su tristeza?

—¡No!—exclamó Rouletabille sin atreverse a mirar a La Candeur.

—Si no se lo has preguntado, es porque eres de mi parecer y sabes a que atenerte... ¿Viste como corria tras su turco? Decía que quería matarle con

sus propias manos... ¡Y cuando le han dado muerte en su presencia a poco se desmaya!

—¡Ah—dijo Rouletabille—¿Te has dado cuenta?

—¡Ya lo creo! Y el mismo Vladimir se ha percatado de ello y piensa como yo. Tu te consumes por una mujercita que se burla de ti y que está sin vida desde la muerte de su turco...

—Pero cuidado que dices tonterías—contestó sordamente Rouletabille, que sufría mil suplicios—Si fuera como tu piensas, nada la forzaba a seguirme cuando fuí a buscarla a su harem. No tenía más que quedarse con su turco. como tu dices.

—¡Santo Dios!—replicó el terco La Candeur.—Yo no estaba presente cuando la arrebataste a las caricias conyugales; pero la víspera te despidió con cajas destempladas, y es muy probable que al día siguiente, cuando volviste, se hubiera enfadado con su turco... En todos los matrimonios existen sus ratos de enfado y luego hacen las paces. En todo caso, lo seguro es que tuvo tiempo de reconciliarse con su turco en el calabozo del subterráneo.

—¡Mientes!—gritó Rouletabille furioso.

—¡Que miento!... Pregúntaselo a Vladimir, pregúntaselo a Tondor y también te podrían informar Modesto y el katerdjisbaschi si no hubieran muerto... ¡Pero si llegó a ser el tema de toda conversación en el hotel de los Extranjeros!...

—¡Mientes... mientes... mientes!—repitió rabioso Rouletabille, con el pecho sacudio por los sollozos—¡Cállate! no quiero oir ni a ti, ni a Vladimir... Ni a nadie. ¡Os odio a todos!... ¡Mira, devuélveme ese pobre animal porque la vas a aplastar!

Y no esperó a que La Candeur terminara de apearse, sino que dándole un empujón, ocupó su

puesto de un salto, hundió los talones en los hijares del animal y se alejó de sus compañeros, de Ivana, de todos, para estar solo, solo con sus penas.

Las palabras de La Candeur habían desgarrado su alma, tanto más, cuanto que eran el eco fiel de su mente atormentada hablando a su corazón dolorido... ¡Si La Candeur supiera que Rouletabille había sorprendido a Ivana ayudando a Gaulow en su evasión!... Le despreciaría, seguramente, ¡pues para conservar en el corazón un sentimiento por una mujer capaz de semejante cosa, era preciso que, además de estar enamorado, fuese un cobarde...

¡Y era, ciertamente, un cobarde!... Se lo repetía a sí mismo en su soledad, esperando que Ivana volvería a él en uno de sus expontáneos movimientos de ternura, como hacía en otros tiempos, sin que jamás pudiera desentrañar la causa de sus largas horas de hostilidad...